EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLVI — DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA — NÚM 13498

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península: Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 íd.—Extranjero, Tres meses, 11'25 íd.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

Redacción y Administración: Mayor, 24

JUEVES 23 DE AGOSTO DE 1906

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartín, 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

¡La pobreza oculta!

La «denuncia» no es nuestra. La comunicó ha pocos días á los periodistas madrileños un ministro de la Corona.

En opinión á los grandes propietarios de tierras que ocultan la cabidad de sus fincas, para esquivar la tributación del Estado, «los grandes propietarios de la miseria», también ocultan la «cabidad» de sus privaciones para evitar sonrojos á la sociedad en que viven.

Todo le sobra á los primeros; lujo, comodidades, cuanto el capricho puede ambicionar, lo tienen á mano en abundancia. De todo carecen los segundos: no comen, habitan en tugurios inmundos, ni el sol ni el aire penetran en sus hogares; ni el pan de cada día se abre paso en sus estómagos.

Aquéllos, guiados de la codicia, no satisfechos por los favores de la fortuna pródiga, no confiesan nunca la cantidad de bienes que poseen; pues velándolos cautelosamente sustraen al fisco muchas cuantas pesetas al año que van á aumentar sus caudales.

Estos, los pobres, avergonzados de sus propias tristezas, tampoco las declaran como temerosos de que los convecinos se aperciban de su situación dolorida.

Pero nada permanece secreto en el mundo. Si la riqueza se descubre por los encabezados de hacer el catastro, la pobreza se evidencia y se expone á la vergüenza pública por el implacable usurero que á virtud de providencia judicial la desahucia y pone el mísero enser en mitad de la calle.

Según las investigaciones oficiales practicadas en algunas provincias, entre la riqueza oculta y la riqueza declarada, existe una diferencia media del 50 por 100, es decir, una mitad de bienes que se eximen del pago de las contribuciones. Según cálculos hechos á ojo de buen cubero, acaso el 50 por 100 de los españoles se mueren de anemia por falta de recursos y por no implorar la caridad.

Familias enteras, arrostrando verdaderos martirios, perecen en nuestras ciudades entre las manifestaciones ostensibles de un lujo insultante y sin que el egoismo de los ricos se aperciba de ello, para tenderles una mano protectora.

El contraste se presta á las sangrientas ironías de la crítica; pero también al desprecio de la opinión pública sobre los defraudadores soberbios y á la compasión de los altruistas hacia la sinventura de la suerte.

Se imponen medidas enérgicas de carácter social. Esos bienes que se descubren por la acción del Estado, deben decomisarse, y si no fuera atrevido el concepto, diríamos que repartirse equitativamente entre las infelices familias, que, careciendo de todo, prefieren morir á implorar la limosna humillante.

Los que ocultan su pobreza son unos héroes y unos mártires. ¿Sería mucho que el Estado premiara sus heroicidades y sus martirios con los bienes que, faltando á las leyes, ocultan los ricos?

No hemos de negarlo: España es la nación donde la caridad es más espléndida que en parte alguna; pero, caridad, por regla general, mal empleada, caridad inconsciente que utilizan los *listos* y que más estimula que evita el pauperismo callejero.

La miseria verdad, la que causa innumerables víctimas, es la que se esconde, la que cansada de luchar en vano por la existencia, oculta su vergüenza entre las lágrimas y los eternos padeceres de la mujer anémica, el hijo famélico y el padre agotado por un trabajo cuyo miserable producto es insuficiente para atender á los más precisos menesteres del vivir.

Y esa miseria, es la que las almas sensibles deben buscar para remediarla y atenderla, no con la limosna, que envilece, sino con la protección eficaz por el trabajo, que regenera y dignifica y levanta el espíritu abatido de los desgraciados que ocultan su pobreza como si fuera un delito de lesa sociedad.

DESDE MADRID

EL CÓMICO Y LA ZARZUELA

Volvemos á tener teatros. Después del soporífero y asfixiante estío, con los primeros frescos vienen los programas inaugurales de la temporada próxima.

Si no ocurre algún contratiempo, romperán el fuego este año los teatros del *trust*: el Cómico y la Zarzuela, por este orden:

El teatro Cómico abrirá sus puertas el día 30.

Dirigirá la compañía un actor de provincias con excelentes referencias, el Sr. Miró, y será director artístico Antonio Paso, cuyo programa se condensa en la resobadísima frase del maestro León: *Decíamos ayer...*

Porque, en efecto, las obras de la función inaugural serán las *mismas* con que se cerró la temporada última: «El arte de ser bonita», «La gatita blanca» y «La taza de té», formidable trilogía *sicalíptica* mucho más del agrado de los morenos que la otra, la de Bayreuth.

Discútese todavía cuál será la obra que complete el programa; probablemente será «La Vendimia», (¿por qué se habrán acordado se semejante obreja?) y con ella debutará el señor Miró.

De la compañía forman parte Hilario Vera, Sánchez del Valle, Manuel Rodríguez, Mariner, etc.; del sexo bello—los últimos serán los primeros,—Julita Fons, Carmen Andrés, Juanita Manso, la Sánchez Jiménez y una valencianita, nueva en Madrid, que, según su descubridor, el maestro Lleó, promete mucho.

De estrenos, por lo pronto, nada. Eso, más adelante.

***

El teatro de la Zarzuela empezará á funcionar el día 31, siempre y cuando las obras que se preparan estén ensayadas, que confían los de la casa que sí estarán.

Programa inaugural: Primera sección, «Los Campos Elíseos».—Segunda, estreno de «La cola del diablo», apropósito, revista ó cosa así, de Perrín y Palacios, para presentación de artistas.—Tercera sección, «Gigantes y cabezudos».—Cuarta, «Los mosqueteros grises» (refundida) ó «Lola Montes».

Es director artístico de la Zarzuela, D. Manuel Fernández de la Puente. La orquesta la dirigirán los maestros Luna y Barrera.

Personal: es selecto; de lo mejor del género: Lucrecia Arana, Rosita Montesinos, Balbina Albalat, otra tiple nueva, de provincias, descubierta por Lleó y Vives.

Es sensible la baja de Nieves González, característica que era una verdadera institución en la Zarzuela y que este año no figura en la compañía.

Sustitúyela Irene Alba, hermana de Leocadia, y de la cual se asegura es tan buena actriz como su hermana.

Del sexo fuerte figuran en las listas Valentín González, el excelente bajo é inteligentísimo actor; Gandía, un tenor que canta; Gamero, tránsfuga de Parish, que por las tardes hará zarzuela grande; Moncayo, Pablo Arana, Gonzalito, etc., etc.

La dirección propónese cultivar en este teatro género chico *en grande*, que pudiéramos decir, presentando también zarzuelas del antiguo repertorio.

Congreso de Educación
de la Infancia abandonada

La comisión organizadora del *Congreso Nacional de Educación Protectora de la Infancia, abandonada, viciosa y delincuente*, ha publicado un notable documento, explicando los fines de dicho Congreso y recabando adhesiones para el mismo.

He aquí algunos párrafos de dicho documento:

«Hace aquí pocos años, con inexplicable espontaneidad, surgió de lo más hondo de nuestras picarescas tradiciones, un término jergal hacía siglos olvidado, generalizándose su uso como mancha que extiende sobre el ropaje, porque, en efecto, «golfo» es nombre acusador del descuido social y podría decirse que, al aparecer evidenciaba un sumidero histórico, diciéndonos á los españoles que vivimos en el siglo de la higiene, del patronato y la tutela, que no podíamos hablar autorizadamente de pulcritud, de limpieza, de saneamiento moral, mientras consintiéramos por incuria y displicente desaseo, que perduraran las genealogías de Lazarillos, Guzmanes, Cortadillos y Rinconetes hace tiempo por nuestra gran novela denunciados.

Los «hijos del arroyo», los «hijos del camino», los «hijos de la casa», los *golfos*, en fin, son hijos sin padres, aunque tengan padres.

El padre es el que engendra, pero no es verdadero padre si no educa.

Este segundo y gran aspecto de la paternidad constituye una obligación tan naturalmente sentida por la misma fuerza de las afecciones, que en las leyes civiles está reconocida como un derecho.

Pero el verdadero derecho es el del hijo á que lo capaciten debidamente para ejercer las funciones de la vida en el medio social, y tiene tanta fuerza este derecho y es tan esencial á los intereses del Estado, que el Código civil de Alemania lo define en tres órdenes de relaciones: 1.ª, derecho del padre á educar libremente á su hijo; 2.ª, derecho del hijo á una educación conveniente, y 3.ª, derecho del Estado á que todos los ciudadanos reciban una educacion moral.

El primer derecho cede ante el segundo, y si los padres resultan educadores insuficientes, asume su función el Estado imponiendo la educación protectora.

Quiere decir esto, que en toda sociedad firmemente constituída, solidariamente afirmada, hay algo que no se puede suponer, y que si se supone ó existe, acusa por lo mismo disgregación ó deficiencia.

La orfandad no es suponible, por lo tanto, porque equivaldría á declarar que no sostener para lo que necesita apoyo y por no tenerlo se derrumba. Pueden los hijos, por muerte ó abandono, quedar sin el amparo sustentador de la famila, pero en tales casos un padre común, aún más poderoso y solícito que el antiguo patriarca, ha de asumir las obligaciones y los derechos.

—Esas que usted aprobó que ella me dijera.

—¿Yo? Y ¿por qué no te tratas de usted hoy?

—No ve que es porque algunas veces me olvido...

—Di las cosas de que te habló tu madre.

—Si ella no me ha mandado que las diga... Pero lo que yo le respondí, se puede contar.

—Bueno; á ver.

—Le dije que... Tampoco se puede decir esas.

—Ya me las dirás en otra ocasión; ¿no es verdad?

—Sí; hoy no.

—Mi madre me ha manifestado que estás animada á contestarle á él lo que debes, á fin de que comprenda que estimas en lo que vale el honor que te hace.

Mirómeme entonces fijamente sin responderme.

—Así del... ser,—continuó.

Bajó los ojos y continuó guardando silencio, distraída al parecer en clavar en orden las agujas en su almohadilla.

—María... ¿me has oido?—agregué.

—Sí.

Y no logró ahora buscar mis miradas, que me era imposible separar de su rostro. Vi entonces que en sus pestañas brillaban lágrimas.

—Pero, ¿por qué lloras?—le pregunté.

—No, si no lloro... ¿acaso he llorado?

Y tomando mi pañuelo se enjugó precipitadamente los ojos.

—Te han hecho sufrir con eso, ¿no? Si te has de poner triste no hablemos de ello.

—No, no; hablemos.

—¿Es mucho sacrificio resolverte á oir lo que te dirá hoy Carlos?

—Yo tengo que darle á mamá gusto; pero ella me prometió que me acompañarían. Estarás ahí ¿no es cierto?

—¿Y para qué así? ¿Cómo tendrá ocasión de hablarte él?

—Pues estarás tan cerca cuanto sea posible.

Y poniéndose á escuchar:

—Es mamá que viene,—continuó, poniendo una mano suya en las mías, para dejarla tocar de mis labios, como solía hacerlo cuando quería hacer completa, al separarnos mi felicidad de algunos minutos.

Entró mi madre, y María ya en pie, me dijo:

—¿El baile?

—Sí,—le respondí.

—¿Y las naranjas cuando estés allá?

—Sí.

llevar de la mano á uno de los niños; María lo aceptó casi temblando y al poner la mano en él, se detuvo á esperarme; apenas fué posible significarle que era necesario no vacilar.

Habíamos llegado al punto de la ribera, donde en la hoya de la vega, alfombrada de fina grama, sobresalen de trecho en trecho piedras negras manchadas de musgos blancos.

La voz de Carlos tomaba un tono confidencial; hasta entonces había estado sin duda cobrando ánimo y empezaba á dar un rodeo para tomar buen viento. María intentó detenerme otra vez: en sus miradas á mi madre y á mí había casi una súplica; y no me quedó otro recurso que procurar no encontrarlas. Vió en mi semblante algo que le mostraba el tormento á que estaba yo sujeto, pues en su rostro ya pálido noté un ceño de resolución extraño en ella. Por el continente de Carlos me persuadí de que era llegado el momento en que deseaba yo escuchar. Ella empezaba ya hablar, y como su voz, aunque trémula, era más clara de lo que él parecía desear llegaron de María á mis oídos estas frases interrumpidas:

—Habría sido mejor que usted hablase solamente con ellos... Sé estimar el honor que usted... Esta negativa... Carlos estaba desconcertado; María se había soltado